

La Verdad GENERAL

El pueblo aclamó a Juan Pablo II en su primer día de estancia en Polonia

El Papa gritó "paz" para su pueblo

"Considero que debo estar con mis compatriotas en momentos tan difíciles y llenos de emoción"

VARSOVIA.—(De nuestra enviada especial, MERCEDES GORDON)

El gesto de besar la tierra, que el Papa cumple habitualmente al llegar al país que visita, ha tenido en el aeropuerto de Okęcie, un simbolismo profundo. Lo ha subrayado el mismo Juan Pablo II, luego en su discurso: "Es la primera palabra dicha en el silencio y de rodillas, ha sido un beso a este suelo, al suelo antaño". "Tiene para mí —ha explicado— un significado especial, es como un beso a las manos de la madre, porque la patria es nues-

tra madre terrena."

En el aeropuerto se le ha dado al Papa un recibimiento oficial. La ceremonia ha estado impregnada de emoción y tristeza expresadas incluso en el fuerte viento que agitaba las ocho banderas, cuatro polacas y cuatro pontificias, y en el cielo plomizo donde resaltaban las cinco únicas pancartas con fuerza popular que le daban al Santo Padre el saludo de los obreros de Ursus y de los actores de Varsovia. Incluso los cantos de los niños resonaban débiles. Hubo fuerza en cambio, en el himno nacional "Polonia aún no ha sido perdida" que Juan Pablo II escuchó

embebido, después de los saludos del presidente Jablonski y del cardenal Josef Glomp, arzobispo de Varsovia, y Gniezno, primado de Polonia. El Papa pasó revista a las tropas acompañado por el presidente y por el cardenal Glomp.

Saludó al episcopado polaco y a los preladados de varios países de Europa entre los que se encontraba el presidente de la conferencia Episcopal Española, monseñor Díaz Merchán. Después se acercó a saludar a un grupo del pueblo que le ofreció flores.

Cumplido el breve ritual, llegó el momento de los discursos. El presidente Jablonski habló de los deseos de paz del pueblo polaco, de la voluntad de "reforma y renovación socialista" y de los problemas de la hora actual de los que el más importante es conservar "la soberanía nacional". El cardenal Glomp le dijo al Santo Padre que le daba el saludo de amor y de paz de todos los corazones polacos que repicaban al unísono de las campanas de todas las iglesias por su llegada.

Cuando el Santo Padre inició su discurso fue aplaudido calurosamente. Al presidente Jablonski, no se le aplaudió nada. Al cardenal Glomp, sólo timidamente. El Papa recogió aplausos en pasajes significativos, al hablar de los que sufren, "enfermos y encarcelados", al hablar de la patria polaca.

Tres ideas claves condujeron el discurso breve y elegiaco del Santo Padre.

"Vengo a la patria: "Polonia que es una madre especial, cuya historia no es fácil, que ha sufrido mucho y sigue sufriendo y tiene derecho a un amor especial". Vengo en peregrinación: "Quiero ser uno de ellos, de los que con motivo del jubileo peregrinan a Jasna Góra". Vengo para todos los polacos: "El itinerario se desarrolla según el programa establecido y ruego acoger mi presencia incluso allí donde no pasa el itinerario, donde no me es posible llegar esta vez".

"QUIERO ESTAR CON LOS QUE SUFREN"

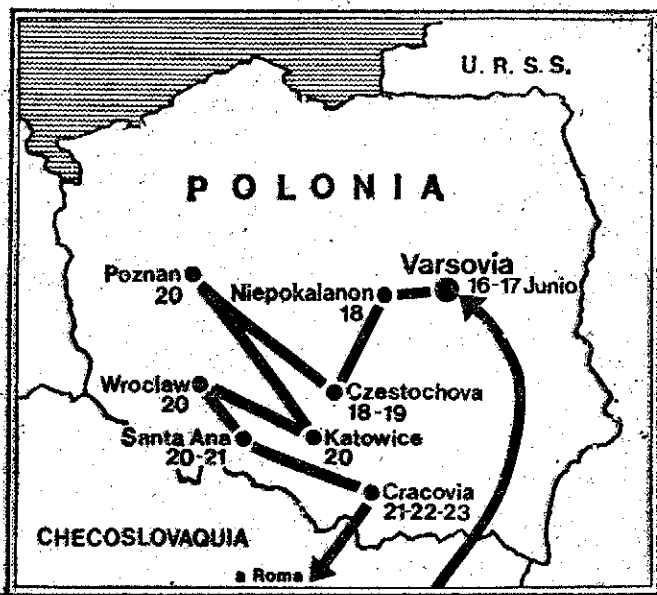
Una fuerza reivindicativa se lee en las palabras en las que Juan Pablo II dice querer estar cerca especialmente de los que sufren. "Yo mismo —puntualiza— no puedo visitar a todos los enfermos, los encarcelados, los que sufren, pero les pido a ellos que estén conmigo en espíritu, que me sostengan como han hecho siempre". El Papa acusó recibo de "las muchas cartas que le dan testimonio de ese apoyo, especialmente en los últimos tiempos".

Concluyó el Santo Padre, este su discurso de llegada diciendo que así como había comparado su beso a la tierra natal con el beso a las manos de la madre, tal beso deseaba que fuera un "beso de paz para todos los que, en el modo que sea, quieran participar en la gran comunidad de la peregrinación del Papa polaco". Las últimas palabras: "Pax vobis, pax a te Polonia, patria mía" fueron un grito salido de lo más hondo de su corazón.

A las seis cuarenta y cinco Juan Pablo II entraba triunfal-

mente, esa es la palabra. En la catedral San Juan de Varsovia una fanfarria de trompetas reales y el órgano acogían al Papa al mismo tiempo que los aplausos de centenares de sacerdotes y religiosos cuya emoción profunda saltaba con lágrimas en los ojos.

El Papa había venido acompañado, casi en volandas, por centenares de millares de polacos. En el pórtico de la vieja catedral Juan Pablo II se ha visto transportado en brazos que si no eran de ángeles al menos pertenecían a gentes que le quieren de todo corazón. Después de una pausa de oración ante la capilla del Sacramento, ante un Cristo que fue una de las rarísimas orcas que se salvó del desastre de la segunda guerra mundial, el Santo Padre acompañado de los cardenales Casaroli y Rubin, del primado Glomp y del arzobispo de Cracovia, Macharski, descendió a la cripta. Ahí reposan los primados de Polonia y en especial el cardenal Wyszynski, el heroico hombre de hierro a quien Polonia debe hoy en gran parte su testimonio de fe y de independencia nacional. Es un mausoleo de sencillez franciscana sólo adornado por las constantes flores de quienes no le olvidan. Cuando el jueves por la mañana la he podido visitar con el presidente de la Conferencia Episcopal Española, monseñor Díaz Merchán y con monseñor Capmany, estaban depositados sobre él claveles rojos y blancos colores nacionales de Polonia.



Itinerario del segundo viaje a Polonia del Papa.

REFERENCIA AL ESTADO DE GUERRA

La misa pues tenía dos protagonistas: el Papa recién llegado y el cardenal añorado, muerto hace dos años. En su primera homilía en su país natal el Santo Padre ha rendido homenaje al "heraldo infatigable de la dignidad de todo hombre, y del buen nombre de Polonia entre todas las naciones de Europa y del mundo". El Papa al mismo tiempo ha querido unir esta ceremonia a las del Año

Santo de la Redención. "Con todos mis compatriotas —ha dicho— pero sobre todo con los que de forma más dolorosa experimentan la amargura de la decepción, de la humillación, del sufrimiento, del dolor, de la privación de libertad, de ultrajes a la dignidad del hombre, estoy a los pies de la Cruz de Cristo para celebrar en tierra polaca el jubileo extraordinario del Año de la Redención". Desde casi el pórtico de sus días de estancia el Papa deja bien sentada que para él no

va a haber dos diferentes formas de hablar, una política y la otra religiosa, puesto que ambas pueden ir juntas.

El elogio que el Papa Wojtyla ha hecho del cardenal Wyszynski dista mucho del frío elogio funerario. "El servicio le hizo fuerte: servicio siempre consciente de la misión que le había confiado el Príncipe de los Pastores. El servicio le hizo fuerte y por este servicio primordial hizo fuertes a la Iglesia y a la nación a través de las pruebas y las experiencias de la historia". La primera alusión al Estado de guerra la ha hecho el Papa en este contexto religioso al referirse a los "dolorosos acontecimientos del 13 de diciembre que la Providencia ahorró al cardenal".

La ceremonia de esta misa se ha multiplicado al menos por cuatro: en la vecina iglesia de los Jesuitas la seguían por altavoces las religiosas de Varsovia a las que el Papa ha visitado después; los ciegos se habían congregado en otro templo distante cincuenta metros del de San Martín; los estudiantes estaban concentrados en la parroquia universitaria de Santa Ana. Y por fin la multitud, con flores en las manos, crucifijos en alto y cantos seguía la misa en las calles adyacentes, la plaza del palacio real y del mercado de la ciudad vieja ante la mirada impávida de los policías acostumbrados ya a este despliegue de masas religiosas. Pero no con estas gigantescas dimensiones y tan formidable dignidad.

Editorial

El Papa de nuevo en Polonia

Juan Pablo II ha besado de nuevo, con emoción comprensible, el suelo de la noble nación polaca. Indudable importancia tiene esta visita que el Papa realiza a su patria a los cuatro años de la anterior. El momento es allí difícil y delicado. Y por eso conviene situar dentro de su correcta perspectiva la motivación del viaje pontificio.

Reducir esa motivación al manido tópico de la farmacopea prosoviética, que pretende identificar, en naciones como Polonia, la religión y la política, equivale a desenfocar gravemente y por completo los fines reales de esta visita. Hay plumas, secaces, al parecer, del fabuloso rey Midas, que poseen la extraña cualidad de deformar las cosas convirtiendo en política todo lo que tocan.

Si la Iglesia "tiene poder" en Polonia, no es el poder temporal de las armas, del dinero, de los medios de comunicación o de la Administración pública. Lo que la Iglesia católica tiene en Polonia es la autoridad moral inmensa que le da su identificación plena plurisecular con el sufrido pueblo po-

laco. Hoy como ayer. Y nos referimos a un ayer no lejano en el tiempo. Por eso, repetimos, se equivocan y equivocan quienes, con simplismo calculado, afirman sin razón que la Iglesia en Polonia es "un poder temporal de primer orden". En países de arraigada tradición católica, como Polonia, el catolicismo sigue siendo expresión acendrada del alma profunda del pueblo y la garantía más segura de su identidad histórica amenazada.

Que la política y los políticos se sitúen en su sitio, y harto harían con ello. Y que dejen a la religión, y concretamente a la Iglesia, en el suyo. Campo abierto hay para la una y para la otra, cuando el hombre, esto es, el ciudadano, ocupa de veras en la vida social el puesto de primacía que le corresponde y que, por desgracia, no siempre se respeta.

Buen conocedor es Juan Pablo II del alma de Polonia, de las vicisitudes históricas de ésta y de la gravedad alarmante del momento que Polonia vive. El mensaje que en estos días transmitirá el Papa al pueblo

polaco será una llamada a la conciencia de un pueblo creyente, para asegurar las vías pacíficas de la convivencia y el respeto de todos, incluidos, los primeros, los gobernantes, a los derechos humanos. No será —conocemos ya sus primeras palabras— uno de esos caducos mensajes de las ideologías temporales de turno que, so capa de engañosa liberación, se reducen a un mero traspaso de titulares en la opresión. Con la fuerza interior única que la palabra del Papa posee, los polacos oírán, y los católicos del mundo entero oírmos con ellos, el mensaje confortador que exhorta a la fortaleza, la firmeza, la coherencia, la paciencia y el vigor.

La criteriología del comportamiento privado y público, inspirada por la fe católica, no ha pasado de moda. Juan Pablo II demostrará una vez más que los pueblos la escuchan y entienden. Aunque vivan en situaciones que abren un inmenso abismo entre las aspiraciones humanas de esos pueblos y los esquemas políticos que los rigen.